

DESPILFARRO. Como agua... Ese es el juicio que al Corresponsal de la Revista TIME, Dic. 26, 1949, le ha merecido el despilfarro de dinero en las pasadas Navidades, que él calcula en \$ 39 millones, o sea aproximadamente unos 131 millones de Bs.

El hombre debe divertirse y es necesaria cierta expansión honesta para romper la monotonía de la vida. Una mesa más soculenta con algunos licores que eleven la tónica de la alegría; los juguetes de los niños, los regalos de los mayores, responden perfectamente, no sólo a una tradición cristiana, sino también a una exigencia profundamente humana. Pero en todo debe haber medida y es lo que nosotros no comprendemos. Queremos botarlo todo... como agua; gastarlo sin medida, satisfacer los más absurdos caprichos y en cambio... abandonar las más urgentes necesidades. Los hogares de muchos miles, con ese dinero bien empleado, contarían hoy con mejores camas, sillas, vestidos, alimentos... Pero nuestros dineros se vienen corriendo, y se van... más corriendo y el saldo final es siempre el mismo: la vida casi en la indigencia.

¡Que mentalidad tan diversa tienen los extranjeros! Saben administrar mucho mejor que nosotros. Gastan, pero... con medida, con cabeza. Ahorran con previsión y constancia. Así suben ellos fácilmente, mientras nosotros estamos estancados, si es que no descendemos. Hay que emprender una campaña. Hermoso es el lema que el Presidente Sokarno, Primer Jefe de la naciente república indonesia dió a todos sus compatriotas: TRABAJAR, TRABAJAR, TRABAJAR. El trabajo es fuente de riqueza, pero esa riqueza hay que saber administrarla. Ojalá que nunca puedan repetir de nosotros que botamos el dinero... como agua.

SALARIOS Y HONORARIOS. No es esta la primera vez que en las columnas de esta Revista se ha tratado sobre el problema moral que envuelven los salarios y honorarios. Es evidente que quien trabaja tiene derecho a su remuneración y que ella debe ser proporcional a la calidad y cantidad del trabajo. Pagar menos de lo debido, es robar. Cobrar más de lo debido es hurtar.

Por este principio que es más claro que la luz del día, vemos que el latrocinio es una plaga que invade todas las clases de la sociedad y todas las actividades del hombre. No son ladrones SOLO los que son sorprendidos por la policía en sus rapaces actividades van a dar en la cárcel. Hay muchos más que pasean li-

bres por las calles y que en el fondo no son más que ladrones.

Increíble parece, si no lo viéramos día tras día, la facilidad con que en los precios se hacen rebajas inmediatas hasta del 50 % y a veces del 75% del primer precio. Y como en el último tampoco pierden, fácilmente se puede deducir las fabulosas ganancias a que aspiran algunos devotos del dios Mercurio.

Recientemente apareció en la Prensa un hecho notable que viene a confirmar la desorientación que reina en punto tan vital como es el justo precio. Por un trabajo, al parecer sumamente liviano, presentó un profesional el monto de sus honorarios en Bs. 194.000. Alarmada la parte defendida por esta tamaña exigencia, acudió al tribunal de Retasación y después de examinar éste todos los trabajos profesionales, opinó y determinó que estaban bien pagados con la suma de Bs. 2.000 (dos mil). Este fallo nos sugiere lo siguiente. Que el abogado cobre honorarios por su trabajo es justo y natural. Que esos honorarios estén en consonancia con el carácter y calidad profesional, es evidente. Que en la apreciación del trabajo, y por lo tanto, del salario no haya coincidencia total entre varios, lo hallamos muy explicable; pero el margen debe oscilar entre extremos no muy distantes.

Lo que no acertamos a comprender es esa diferencia de criterios entre los profesionales de una misma carrera, diferencia que resulta 70 veces mayor entre la tasación del tribunal, Bs. 2.000 y las pretensiones del profesional, Bs. 194.000. Entre 2.000 y 194.000 es demasiado el margen para que podamos juzgar justas ciertas pretensiones.

ÉTICA PERIODÍSTICA. Cuando se habla de ética periodística como de cualquier otra ética, podemos asegurar que la cosa anda mal. Disfrazado bajo la ética periodística se ha visto a algún periódico empleado en revolver bajos fondos y presentar nauseabundos reportajes. Ante el clamor universal

ENTARIOS

y la protesta unánime respondía que en toda su actitud le guiaba únicamente la ética periodística. Difícil parecía ante semejante actitud querer reforzar los argumentos, pues siempre se estrellarían impotentes ante esa ciclópea muralla. Pero llegó una bomba, la única eficaz para algunos hombres. Vino el ataque al bolsillo, una multa por desacato público. Parece que esta lección la entendieron antes y mejor que todos los párrafos de largos artículos anteriores. Por lo menos, los resultados han sido más efectivos.

Saben nuestros lectores que en el gremio periodístico, como decía uno de sus miembros, hubo una racha de agresividad en reciente tiempo, que culminó en escenas espectaculares. Parecía lo más natural y obvio que sobre el asunto, una vez solucionado o por lo menos suavizado, se echara tierra, ya que el insistir sobre ello, iba en detrimento del público y de la inteligencia de las partes. Así lo comprendió uno de los protagonistas y se dirigió pidiendo esa reserva a un periódico local. Pero juzgue el lector cuál fué la actitud de dicho periódico dictada sin duda por la ética periodística. (?) Copiamos un párrafo interesante:

"Al agradecerte los conceptos que mi labor periodística, hija de la tuya, le he merecido, quiero concluir lamentando la publicación que hoy hace cierto periódico local, habituado ya al escándalo. Personalmente, por escrito, pedí al Jefe de información de ese diario, que omitiera toda escandalosa referencia al asunto. Más aún, le pedí que no hiciera publicación alguna, en vista de la generosa intervención que de tu parte había surgido en el asunto. De nada valieron mis peticiones. Habíamos de aparecer los malhechores en la última página y dar el escándalo. ¿Cómo se puede explicar que la Prensa enseñe, cuando se regodea en fomentar los ajenos pleitos?" Esa es la triste realidad. Y luego vendrán hablando esos mismos diarios escandalosos de la "labor orientadora de la Prensa".

EN PLENA DECADENCIA. Este comentario a más de uno hará fruncir el

ceño. No me extraña; es la verdad con frecuencia plato desagradable.

Salió el avión de París hacia New York y cuando volaba sobre las Azores, no acertó el piloto a evitar uno de los picachos de la Isla de San Miguel. Sonó un golpe, se precipitó el aparato y una hoguera se prendió en el suelo. El saldo fué aterrador. Pasajeros y tripulación, todos muertos: 48 víctimas.

El dolor fué universal. Allí estaba roto el arco del famoso violinista, Ginette Leven; allí esparcidos por el suelo los colores de los Bou-tet padre e hijo; fruto el uno y esperanza el otro de la paleta, allí el célebre periodista canadiense con los papeles quemados de sus últimas notas escritas durante el vuelo; allí otros muchos.

Pero, al rescatarse los cadáveres, el féretro de uno es el que se llevó la atención de la inmensa mayoría; al que lloraron con más amargura y desconuelo; al que le han dedicado más artículos necrológicos. Era Cerdán un boxeador; el excampeón mundial de peso medio. Y esto supone una inversión de valores; es signo de decadencia. Tiene razón el Dr. A. Alamo al escribir: "De modo que en la pena intercontinental se ha sobrepuesto el brazo que golpea al que toca, al que pinta y al que escribe".

Y este espectáculo, aunque no en caracteres tan abultados, lo podemos contemplar en todas partes. La selección de gustos es reveladora de cultura.

Hoy la música clásica es soporífera para una inmensa mayoría; en cambio las estridencias de congas y rumbas son las delicias del pueblo alto y bajo. Hoy el equilibrio en concepción, proporciones y colores de un cuadro genial se miran con indiferencia, mientras se aplaude un absurdo de chafarrinones a brocha. Una conferencia, sea cual fuere, la materia, el ambiente y las facilidades (gratis) no atrae sino a escasa concurrencia. En cambio revientan con muchedumbres los rings, stadiums, hipódromos, plazas de toros, aunque en ellos haya que pagar hasta Bs. 30 por entrada.

Este desprecio por lo más valioso y esa sobrevaloración de lo más bajo, es índice de decadencia. Y la decadencia es siempre anemia de espíritu y la anemia de espíritu degenera en anemia general.

Desgraciada la época que, puestos en balance, un puño fuerte y un cerebro genial, prefiere el golpe a la idea. Desgraciada la época que entre Joe Louis y Albert Einstein se decide por el bombardero de Detroit.